

S.A.R. la princesa María José de Bélgica... Habla de España, de sus ciudades, de su arte

DOS DAMAS BELGAS LLEGAN A MADRID...

El lunes pasado, perdidas entre la muchedumbre que derramaba sobre los andenes un tren de Barcelona, entraron en la estación del Mediodía dos damas de aire modesto. La de más edad aparentaba unos treinta o treinta y dos años, y era delgada, morena, de rostro fino, inteligente, iluminado por una sonrisa simpática. La más joven, una muchacha de veintitantos años, era rubia, alta, gallarda; con unos espléndidos ojos azules. Con sus sencillos trajes y sus maletines en la mano, no parecían más que dos humildes burguesitas... Dos burguesitas volviendo de un corto veraneo, quizá...

Montaron en el ómnibus de uno de los hoteles de la Gran Vía, se acomodaron en un rincón y mientras el coche rodaba fueron asomadas a los ventanales, mirando curiosas las arboledas del Prado, las fuentes, los palacios, el tráfago rumoroso de la calle de Alcalá...

—*Une belle ville, très moderne...*—opinó a media voz la señora de más edad, sonriendo amablemente.

Su acompañante movió afirmativamente la cabeza.

—*Oui...*

Y siguió mirando los altos y blancos edificios, con los ojos muy abiertos, como pasmada... como des- encantada...

El coche se detuvo ante la puerta del hotel. Los viajeros fueron bajando y entrando en la Conserjería a inscribirse en el Registro.

Cuando les tocó su turno a las dos viajeras, la señora delgada se adelantó, tomó la pluma y escribió los nombres... El de su acompañante, primero:

«*Mademoiselle de Rethy.*» Después el suyo: «*Madame de Lantsheere.*» Y detrás de los dos, la misma nacionalidad: «*Belge.*»

EL AVISO MISTERIOSO

A cambio de tantos acusadores como padecemos en este bajo mundo, los reporteros tenemos en el Cielo más abogados que los demás gremios. Tenemos cuatro... Yo creo—y que las personas piadosas y enemigas de la Prensa me perdonen si les parece que digo una irreverencia—, yo creo que los cuatro evangelistas se sienten unidos a nosotros por cierta solidaridad profesional. Porque... al fin y al cabo, los Evangelios, ¿no son reportaje también?...

Pues bien; esos cuatro gloriosos abogados nuestros pusieron en el camino de mademoiselle de Rethy y de madame de Lantsheere a una criatura cuyo nombre no he podido conocer, pero a la que quiero dar desde aquí las gracias, que tiene la costumbre, plausible por supuesto, de leer las revistas ilustradas en general y ESTAMPA, sobre todo.

Esa criatura, al ver a mademoiselle de Rethy, recordó algún rostro conocido... Un rostro visto con frecuencia en los periódicos, y me escribió, sin firmar, esta misteriosa nota:

«En el hotel... se hospedan desde ayer dos damas belgas que han dado los nombres de mademoiselle de Rethy y madame de Lantsheere. A esta última no la conozco, pero a la primera me parece haberla visto retratada en ESTAMPA y en otras revistas y diarios. No le digo cuál es, a mi juicio, su nombre real por no equivocarme y equivocarle, pero si ESTAMPA tiene interés en saberlo puede hacer las investigaciones naturales.»

Su nombre real... Dos damas belgas...

¿No sería una broma tonta?

Su nombre real... Belgas...

¡Caramba!... ¡Sí!... *Real... Belgas...* ¡Eso es!

¡La princesa María José, la hija de los Reyes de Bélgica, que dicen los periódicos que ha pasado por Barcelona!... ¡Eso es!... ¡La princesa María José, hija de los Reyes de Bélgica y

prometida oficial del Príncipe Humberto, el heredero del Trono de Italia!...

No fué difícil encontrarla.

No fuimos a buscarla al hotel, naturalmente. Sabiendo que la Princesa es muy aficionada a las Artes Plásticas nos pareció que lo mejor era estacionarse en el Museo del Prado, adonde ella no dejaría de acudir. Y, en efecto, allí, en la sala de Velázquez, ante el cuadro de *Las Lanzas*, la encontramos, inmóvil, absorta.

LA PRINCESA NO QUIERE

—Alteza...

Se volvió bruscamente, como asustada.

—Alteza... Su visita... Los periódicos... Mi periódico...

Mi oratoria no era elocuente y el modo de abordar no era hábil, pero ¿qué hacer? Yo no tenía quien me presentara; quien allanara el camino...

—Una fotografía... Queríamos... Si fuera posible hacer una... Una fotografía...

No es que uno tenga una elocuencia muy florida ni muy suavisación, claro; pero un balbuceo tan incongruente y tan afligido como el que yo emitía, allí plantado, delante de la linda Princesa, de veras que nunca había llegado a producirlo.

No me chocó que me interrumpiera, en seco:

—No. Es imposible. Viajo de incógnito.

—Entonces...

Me iba a retirar, cabizcaído y resignado. ¿Qué iba a hacer? A un bigardo de circo como Tunney que, después de hacer su carrera y su negocio a favor del reclamo gratuito de los periódicos, le da de pronto por ponerse austero y no quiere dejarse retratar, se le puede perseguir por las calles, pero a esta muchachita, sería una villanía intentar contrariarla.

Suspirando, repito:



S. A. R. la princesa María José, hija de los Reyes de Bélgica, en un patio toledano.

de su arte

—Entonces...

Debe de haber tanta congoja en mi voz y en mi actitud que la Princesita se conmueve un poco.

Sonriendo, suave y benigna, explica:

—Mi viaje no es oficial... No quiero que los periódicos hablen de mí mientras esté aquí...

—Pero cuando se vaya...

Hace un vago ademán de asentimiento.

—¡Oh!...

Y sonríe otra vez.

EXCURSIONES POR CASTILLA

Claro que, aunque a respetuosa distancia, yo no he dejado de seguirla desde aquel día. Así hemos hecho unos cuantos viajes: a El Escorial, a Avila y a Toledo.

Obedeciendo el plan que se ha trazado, por lo visto, desde que llegó a España, y también los sencillos hábitos de la Corte belga, mademoiselle de Rethy y la dama que la acompañaba continuaban viajando como dos modestas burguesas. No habían traído automóvil, ni aceptaron alguno que se les ofreció. Iban de un lado para otro en el tren, igual que turistas de pocos recursos, y se cuidaban ellas mismas de tomar sus billetes, haciendo cola, ante las taquillas. Un día, en la estación del Norte, se equivocaron y vi a la Princesa situarse tranquilamente en el extremo de una larguísima «cola» de tercera a esperar vez.

Luego, en las ciudades, andaban a pie por todos lados, recorriendo lentamente las callejucas, parándose ante todo lo que les chocaba: ante una casa vieja; ante un labriego con montera; ante algún picaresco chiquitín churretoso tumbado en medio de una calle...

Se las veía huir claramente de esas bandadas internacionales de turistas que, sobre todo en esta época, nunca faltan en nuestras ciudades castellanas. No sé si huían temerosas de que «*Mademoiselle de Rethy*» fuera reconocida, o simplemente de los «¡Ah!» y los «¡Oh!» que producen los anglosajones cuando se sienten invadidos por la emoción estética; pero el caso es que, en cuanto veían venir arrastrando los pies por las losas de los claustros a un grupo de esos, escapaban...

Escapaban también de los guías.

En El Escorial hubo uno empeñado en pilotarlas al través del Monasterio.

—El sepulcro de los Reyes... ¡Sólo Reyes!—le indicaba a la Princesa mostrándole el enorme edificio.

Ella entró sin hacerle caso, pero el hombre las persiguió durante un rato, repitiendo—en castellano purísimo, por lo demás:

—El sepulcro de los Reyes... ¡Solo Reyes!

Y decía «¡Sólo Reyes!» con el mismo tono con que los comerciantes de tejidos dicen mostrando un corte de traje:

—¡Todo seda!...

LA PRIMERA FOTO

Por fin, en Toledo, «*Mademoiselle de Rethy*» se compadeció de nosotros: de Benítez Casaux y de mí... Nos venía viendo, a lo lejos, mudos y suplicantes fantasmas, desde hacía cinco días... Nos veía, se sonreía y se llevaba un dedo a los labios ordenando silencio... Y nosotros, silenciosos y lejanos, seguíamos detrás de ella, Castilla adelante...

En Toledo, el viernes, la Princesa y madame de Lantsheere, almorzaron con el deán de la Catedral, el ilustre escritor don José